

EN VOZ ALTA

La barbarie comunista se hizo sentir de inmediato sobre los pueblos bálticos que la Unión Soviética subyugó. Las deportaciones, las reclusiones en los campos de concentración y la aplicación sistemática de la pena de muerte fueron el factor decisivo para imponer el miedo a través del Terrorismo de Estado, acerca del cual los soviéticos tenían gran experiencia, pues lo habían ya aplicado y lo seguían aplicando contra su propio pueblo. El operador principal de todas estas violaciones cometidas contra el Derecho de Gentes, fue en esta época el jefe de la NKVD, Lavrenti Beria, conocido en la época entre su propio pueblo como “El Carnicero”, naturalmente por las despiadadas prácticas de torturas que condujeron a la muerte a cientos de miles de personas y por su afición a las ejecuciones sumarias. Veremos también someramente el tratamiento recibido por reclusos, y especialmente el de los deportados, el crecimiento de la represión tanto en lo interno como en los pueblos anexados en connivencia con los nazis.

También se hará una somera descripción del tratamiento que recibían obreros y campesinos por parte del gobierno comunista, hecho que nunca hemos sentido mencionar por los dirigentes de nuestra central sindical, el PIT – CNT.

Tampoco hemos escuchado hablar siquiera de estos hechos al denodado pseudo defensor de los derechos humanos de terroristas y comunistas, el suplente a senador y abogado Oscar López. Opinamos que debería ilustrar a la opinión pública sobre todos estos hechos, dado que todos ellos fueron cometido por el Partido Comunista de la Unión Soviética, útero de nuestro Partido Comunista Uruguayo.

Tte. Cnel. José N. Gavazzo
Prisionero Político

EL PARTIDO COMUNISTA Y EL TERRORISMO DE ESTADO – EJECUCIONES, TORTURAS, DEPORTACIONES Y CRIMENES COPNTRA LA PAZ (XIV)

Luego de la anexión a la Unión Soviética por la fuerza, de los Países Bálticos, el NKVD, arrestó entre 15.000 y 20.000 “elementos hostiles”. **Solo en Letonia, 1.480 opositores fueron sumariamente ejecutados a inicios del mes de inmediato a la anexión.** Los parlamentos surgidos de las “elecciones” solicitaron la admisión de sus países en el seno de la URSS, petición que fue naturalmente “concedida” por el Soviet Supremo, que proclamó el nacimiento de tres nuevas repúblicas socialistas soviéticas. El 8 de agosto, *Pravda* escribía: **“El sol de la gran Constitución estalinista expande ahora sus rayos benefactores sobre nuevos territorios y nuevos pueblos”.** Comenzaba para los bálticos un período de arrestos, de deportaciones y de ejecuciones. Los archivos han conservado los detalles del desarrollo de una gran operación de deportación de “elementos socialmente hostiles” de los países bálticos, de Moldavia, de Bielorrusia y de Ucrania occidental, realizada en la noche del 13 al 14 de junio de 1941. Esta operación había sido planificada algunas semanas antes, el 16 de mayo, al dirigir Beria a Stalin su último proyecto de “operación de limpieza en las regiones

recientemente integradas en la URSS, de sus elementos antisoviéticos, socialmente extraños y criminales”. **En total, 85.716 personas debían ser deportadas en junio de 1941, de las cuales 25.711 eran bálticas. En un informe del momento, el número dos de la NKVD, realizó el balance de la parte báltica de la operación. Durante la noche del 13 al 14 de junio de 1941 fueron deportados 11.038 miembros de familias de “nacionalistas burgueses”, 3.240 miembros de familias de antiguos gendarmes y policías, 7.124 miembros de antiguos propietarios de bienes raíces, industriales, funcionarios, 1.649 miembros de familias de antiguos oficiales y finalmente 2.907 “varios”.** Resulta claro, según este documento, que los cabezas de familia habían sido arrestados previamente y ejecutados. La operación del 13 de junio no tenía como objetivo, en efecto, más que los “miembros de las familias” juzgadas “socialmente extrañas”.

Cada familia tuvo derecho a cien kilos de equipaje incluida la alimentación para un mes.; no ocupándose la NKVD del suministro durante el traslado! Los convoyes no llegaron a destino hasta finales del mes de julio de 1941. ¡Algunos no alcanzaron su lugar de deportación, la región del Altai, hasta mediados de septiembre! ¿Cuántos deportados murieron en el curso de las seis a doce semanas de viaje, hacinados en grupos de cincuenta por cada vagón de ganado con lo que pudieron recoger como efectos y alimentos durante la noche de su arresto? Hasta el momento resulta imposible saberlo, pues los muertos fueron hechos desaparecer en el trayecto. Para la noche del 27 al 28 de junio de 1941 fue planificada por Beria otra operación de gran envergadura. La elección de esta fecha confirma que los más altos dirigentes del Estado soviético no preveían ningún ataque alemán para el 22 de junio. La operación Barbarroja retrasó en algunos años la continuación de la “limpieza” realizada por el NKVD en los países bálticos.

Algunos días después de la ocupación de los países bálticos, el Gobierno soviético dirigió a Rumania un ultimátum exigiendo el “regreso” inmediato a la URSS de Besarabia, que había formado parte del Imperio zarista y había sido mencionada en el protocolo secreto soviético-alemán del 23 de agosto de 1939. Solicitaba además la transferencia a la URSS de la Bukovina del Norte, que no había formado nunca parte del Imperio Zarista. Obligados por los alemanes, los rumanos se sometieron. La Bukovina y una parte de la Besarabia fueron incorporadas a Ucrania. El resto de Besarabia se convirtió en la República socialista soviética de Moldavia, proclamada el 2 de agosto de 1940. Ese mismo día, Kobulov, adjunto de Beria, firmó una orden de deportación de **31.699** “elementos antisoviéticos” que vivían en los territorios de la República socialista soviética de Moldavia y de **12.191** “elementos antisoviéticos” más procedentes de las regiones rumanas incorporadas a la República socialista soviética de Ucrania. Todos estos “elementos” habían sido en algunos meses debidamente fichados de acuerdo con una técnica muy experimentada. La víspera, el 1º de agosto de 1940, Molotov había elevado ante el Soviet Supremo un cuadro triunfalista de los logros de la alianza germano-soviética: **en un año 23.000.000 de habitantes habían sido incorporados a la Unión Soviética.**

Pero el año 1940 fue también notable por otra razón: el número de detenidos del GULAG (Administración de los campos de concentración), de deportados, de personas encarceladas en las prisiones soviéticas y de condenas penales alcanzó su apogeo. **El 1º de enero de 1941, los campos de concentración del Gulag contaban con 1.930.000 detenidos,** es decir, un aumento de 270.000 detenidos en un año. Más de **500.000** personas de los territorios “sovietizados” habían sido deportadas, añadiéndose al **1.200.000** “colonos especiales”. Las prisiones comunes soviéticas, de una capacidad teórica de 234.000 plazas, encerraban en su interior a más de 462.000 individuos.

Finalmente, el número total de las condenas penales conoció ese año un crecimiento excepcional que pasó en un año de 700.000, aproximadamente, a más de 2.300.000.

Este aumento espectacular fue el resultado de una penalización sin precedentes de las relaciones sociales. Para el mundo del trabajo, el año 1940 permaneció en la memoria colectiva como el del decreto de 26 de junio **“sobre la adopción de la jornada de once horas, de la semana de siete días y la prohibición para los obreros de abandonar la empresa por propia iniciativa”**. Cualquier ausencia injustificada, comenzando por un retraso superior a veinte minutos, fue además sancionada penalmente. El transgresor podía ser castigado con una pena de seis meses de “trabajos correctivos” sin privación de libertad, y con una retención del 25 por ciento de su salario, pena que podía ser agravada por un encarcelamiento de dos a cuatro meses.

El 10 de agosto de 1940, otro decreto fijó las sanciones de uno a tres años de campo de concentración para los “actos de gamberrismo” (delincuencia menor), la producción de desechos y los pequeños hurtos en el lugar de trabajo. En las condiciones de funcionamiento de la industria soviética, cualquier obrero podía caer bajo el peso de esta nueva “ley inicua”.

Estos decretos, que iban a permanecer en vigor hasta 1956, marcaban una nueva etapa en la penalización del derecho del trabajo. En el curso de los seis primeros meses de su aplicación, más de 1.500.000 personas fueron condenadas, de las que cerca de **400.000** lo fueron a penas de prisión. Lo que explica el muy considerable incremento del número de detenidos en las prisiones. El número de gamberros condenados a penas de campos de concentración pasó de **108.000 a 200.000**.

El gran Terrorismo de Estado (conocido como “El Gran Terror”) fue, por lo tanto, aumentado por una nueva ofensiva sin precedentes contra la gente corriente que se negaba a plegarse a la disciplina de la fábrica o del koljuz (granja colectiva). En respuesta a esas leyes inicuas, un número importante de obreros, a juzgar por los datos de los informadores de la NKVD, dieron prueba de **“estados de espíritu malsanos”**, fundamentalmente durante las primeras semanas de la invasión nazi. Deseaban abiertamente “la eliminación de los comunistas” y difundían, como aquel obrero moscovita, cuyas frases fueron transmitidas a la NKVD, “rumores provocadores”; “cuando Hitler toma nuestras ciudades hace colocar carteles que dicen: yo no conduciré a los obreros ante un tribunal cuando lleguen con veintiún minutos de retraso como lo hace vuestro Gobierno”. Frases de este tipo eran sancionadas con la mayor severidad, como lo indica un informe del fiscal general militar sobre “los crímenes y delitos cometidos en los ferrocarriles entre el 22 de junio y el 1.º de septiembre de 1941, haciendo referencia a **2.524** condenas, de las cuales **204** fueron a la pena capital. Entre estas condenas no se contaban menos de **412** por “difusión de rumores contrarrevolucionarios”. Por este crimen fueron condenados a muerte **110** ferroviarios.

Un conjunto de documentos publicado recientemente sobre “el espíritu crítico” existente en Moscú durante los primeros meses de la guerra subraya la evolución de “la gente corriente” frente al avance alemán durante el verano de 1941. Los moscovitas parecen haberse dividido en tres grupos —los “patriotas”, un “pantano” donde nacían y se difundían todos los rumores, y los “derrotistas” que deseaban la victoria de los alemanes sobre los “judíos y los bolcheviques”, a los que se consideraba semejantes y se detestaba. En octubre de 1941, durante el desmantelamiento de las fábricas con vistas a su evacuación hacia el este del país, se produjeron “desórdenes antisoviéticos” en algunas empresas textiles. Las frases derrotistas pronunciadas por algunos obreros revelaban el estado de desesperación en el que se encontraba una parte del mundo obrero sometido desde 1940 a una legislación cada vez más dura.

No obstante, la barbarie nazi terminó por reconciliar en un gran estallido de patriotismo al pueblo llano con los comunistas. Muy hábilmente, Stalin supo reafirmar con fuerza los valores rusos, nacionales y patrióticos. En su célebre discurso difundido por radio el 3 de julio de 1941, retomó para dirigirse a la nación el viejo llamamiento que había mantenido unida a la comunidad nacional a través de los siglos: “Hermanos y hermanas: un grave peligro amenaza a nuestra patria”. Las referencias a “la gran nación rusa de Plejanov, de Lenin, de Pushkin, de Tolstoy, de Chaikovsky, de Chejov, de Lermontov, de Suvorov y de Kutuzov” debían servir de apoyo a la “guerra sagrada”, a la “gran guerra patria”. El 7 de noviembre de 1941, al pasar revista a los batallones de voluntarios que partían hacia el frente, Stalin les conjuró para que se batieran bajo la inspiración del “glorioso ejemplo de nuestros antepasados Aleksandr Nevsky y Dimitri Donskoi”. El primero de ellos, en el siglo XIII había salvado a Rusia de los caballeros teutónicos, y el segundo, un siglo más tarde, había puesto fin al yugo tártaro.



**ACTO DEL FRENTE AMPLIO – PLAZA SAN
FERNANDO – MALDONADO – AÑO 2009**